

Autor: María Isabel Negro – Mayeutica-Institución Psicoanalítica

Título: Lo sexual: inhibición, cuerpo, síntoma.

Dispositivo: Mesas Simultáneas de Trabajos Libres

Trasmitir la experiencia del psicoanálisis constituye en si mismo un desafío. Poner en palabras algo de esta experiencia, algo que sin dejar de ser un relato, nos permita establecer un lazo con los que hoy van a escuchar estas palabras y a la vez intentar que este relato tenga el valor de una experiencia no es una cuestión sencilla. La intención es que pueda escucharse no solo como novela de lo acontecido sino que transmita en si algo de un modo de sostener la practica clínica y mi formación psicoanalítica.

Intentando desprendernos del modelo de otras ciencias, los psicoanalistas creemos que la transmisión de tal experiencia implica el desprendimiento de una idea de saber absoluto o acabado. A partir de esta premisa entonces partimos de que toda experiencia implica la articulación de un saber y la verdad que de nace de el. También sabemos que en tal empresa nos encontramos con un imposible en la medida que esa experiencia de la que hablamos está perdida, aunque se mantiene como mito. Sin embargo, en el hecho mismo de transmisión es el deseo lo que se sostiene y hace lazos por un medio que esta condicionado por lo imposible: el lenguaje.

Del lenguaje como red simbólica se sostiene el discurso y de sus dichos nos apropiamos, los usamos, como modo de transmisión de la experiencia de lo inconciente, de nuestra práctica. Es en los dichos extraídos del discurso que el deseo hace su aparición, como posición del inconciente en tanto es sexual. Lo inconciente no es lo que no tiene conciencia, lo inconciente es lo que decimos, está en nuestros dichos, en la enunciación. En ese decir se hace saber la verdad del sujeto, dada a la experiencia del análisis para ser escuchada e interpretada.

Pequeño extracto de un discurso de una analizante: **“No se porque me inhibo al hablar, no puedo decir lo que pienso, noto como esas mujeres tienen una actitud más violenta, pueden dar ordenes yo en cambio no puedo” Pregunto**

por actitud violenta, Responde creo que es algo sexual, de macho, no de hombre, de macho eso (hace un pausa) no quiero que se me note...”

El hablar implica la castración, el que habla está sometido no solo a las leyes del lenguaje que lo exceden, sino también a que ese decir por no poder abarcarlo todo encuentra su modo de expresión y su límite, paradójicamente, en la palabra misma. Tanto para Freud como para Lacan una inhibición podría ser un síntoma en tanto tuviese algo patológico para el primero, o como síntoma en el museo para el segundo.

El síntoma parece agregar algo más a la rebaja de una función, no sería solo no poder hablar o cohibirse para hablar, también se introduce una variación patológica o un nuevo modo que viene a complejizar el acto natural, por ejemplo, del habla. Prosiguiendo con el ejemplo anterior: no solo es no poder decir, libremente, algo que se quiere decir, sino también es usar un tono de voz que suena falso, que revelaría lo que aparentemente se pretende que no se note.

Al parecer de la inhibición se ha pasado a una formación nueva, en reemplazo de la que no tiene permitido expresarse naturalmente ahora aparecería de forma sustitutiva o desfigurada:” la voz que suena falsa”.

Por otra parte hay una carga inusualmente alta de contenido sexual-erótica que inhibe aún más la expresión espontánea de la función.

La moción pulsional hipertrófica, eso que aparece como la actitud violenta o de macho, del que controla o domina al resto. Esa pulsión de dominio es inhibida por la defensa que actúa contra las fuerzas del *ello* oponiéndose o reprimiendo y lo que luego con el fracaso de la represión podemos observar como formación de síntoma. El carácter extraterritorial del síntoma también se diferencia de la inhibición ya que esta atañe a las funciones del yo y aquel a una formación de compromiso entre el deseo proveniente del *ello* y la defensa u otro deseo impulsado por la defensa. Por otra parte la satisfacción narcisista proveniente del síntoma tiende a que este sea incorporado al yo como ganancia secundaria en la enfermedad. Es decir, a mayor sufrimiento y privación más derecho tiene el neurótico a sentirse acreedor del amor y la veneración de los otros. Con lo cual el yo mismo es una importante instancia de las resistencias a la cura. Lo que Freud llamó la novela familiar del neurótico o lo que leemos con Assoun como el perjuicio como ideal. En tanto todo neurótico se

adhiera al él con cierta simpatía. Que se hace aún más evidente cuando el análisis intenta conmover esas posiciones. Es allí donde la resistencia cobra fuerzas, en pos de preservar ese lugar de excepción que le proporciona también el derecho a obtener beneficios fuera de lo común o por lo menos a esperarlos. Entonces la inhibición de una función del yo podría a su vez como el yo mismo puede serlo un síntoma en tanto le permite evadir la castración degradando el deseo a simplemente una falla en la función y desentenderse de la responsabilidad subjetiva en su posición fantasmática. Lo cual proporciona un plus una ganancia de goce que resiste la cura.

Como la pequeña analizante que perdió sus apetito y rehúsa todo alimento como modo de reproche a su padre muerto y oponiendo al deseo nacido de la carencia de objeto, privación en lo real del cuerpo de la niña-mujer, la existencia de una voluntad de hierro para que nada ni nadie incluso la ausencia inevitable del padre muerto puedan marcar la castración en su cuerpo. Degradando al objeto causa de deseo a un objeto parcial, el alimento, del cual podría prescindir, aunque a un costo altísimo. El cuerpo es ese museo cárcel, bastión narcisista del cual será necesario salir para hacer de la inhibición un síntoma una pregunta por el deseo del otro y que la introducción de otro deseo marque el pasaje a la formación del síntoma. Otro deseo diferente a lo que la función satisfaría de manera natural. La ocultación estructural del deseo es la *uverdrangun*, -dice Lacan- en la clase del 23 de junio de 1963. *“Es lo que nos hace decir que si fulano tiene un “calambre de escritor” es porque se erotiza la función de su mano”*. Lo que nos hace pensar en que la sexualización de la función y la inhibición como fenómeno que se muestra, esta dada en el cuerpo, pero en un cuerpo que rehúsa la castración que encuentra en el museo de la inhibición su museo, es decir su monumento significativo que guarda el pasado como vivo y muerto que intenta preservarse del paso del tiempo. En el otro polo la angustia predecesora del acto, campo de la respuesta motriz, campo de realización del sujeto, que solo es posible a través de la cesión del objeto del atravesamiento del cuerpo por la barra que se su hiancia y fuente de desconocimiento en tanto eso que subyace es deseo del Otro, representado en la pregunta ¿Que me quiere? A la cual cada quien podrá responder con su fantasma.